MUJERES OCULTAS, 3

Tras el telón

Stella Knightley

Si te gusta la novela erótica, éste es tu libro

esencia

Mujeres ocultas, 3. Tras el telón

Stella Knightley

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *The Girl Behind the Curtain: Hidden Women: 3*

© Stella Knightley, 2013
© por la traducción, Lara Agnelli, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Mayer George - Shutterstock

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: enero de 2016
ISBN: 978-84-08-14794-7
Depósito legal: B. 26.448-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Berlín, en la actualidad, septiembre del año anterior

«Un mes distinto, un país distinto. Si estamos en septiembre, esto debe de ser Berlín», me dije parafraseando a las estrellas del rock que afirman que, para saber en qué país del mundo se despiertan, tienen que consultar la agenda. Comenzaba a sentirme identificada con ellos. Había empezado el año en Londres, aunque enseguida me había desplazado a Venecia, donde había pasado dos meses. Luego había pasado dos meses más en París y, tras unas semanas en Londres, había vuelto a marcharme, esta vez a Berlín.

Mi idea era quedarme allí una buena temporada. Había viajado a Alemania para trabajar como profesora de inglés. Con el sueldo que ganara me mantendría mientras iniciaba un trabajo de investigación sobre las experiencias de expatriados británicos en la capital germana en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Tenía muchas ganas de ponerme manos a la obra, pero no podía evitar estar un poco nerviosa mientras el avión tocaba tierra. ¿Qué me esperaba en ese nuevo país: una nueva aventura o una nueva dosis de desamor?

Gracias a mi amiga Clare, que llevaba viviendo en Berlín desde que habíamos acabado juntas el ciclo intermedio en la Universidad de Londres hacía casi una década, al menos sabía qué hacer y adónde dirigirme al llegar. Clare ya me había alquilado un piso. Al principio me había ofrecido su casa por el período que fuera necesario,

pero yo llevaba ya demasiado tiempo durmiendo en sofás de amigas cada vez que volvía a Londres y no me apetecía seguir abusando de la hospitalidad de nadie. Quería un piso propio. Un lugar donde poder quedarme el tiempo que quisiera. Quería un hogar.

Clare no había podido ir a buscarme al aeropuerto porque tenía que trabajar, pero me había enviado instrucciones detalladas para que encontrara el apartamento. Se había pasado por allí antes de que yo llegara para asegurarse de que encontraría las cosas básicas. Me había llenado incluso los armarios de la cocina, y le había hecho un interrogatorio a Herr Schmidt, el casero. El anciano señor vivía en la planta baja del edificio. A veces, ese tipo de acuerdos —vivir en la misma casa que el dueño de la finca— podían ser complicados, pero a Clare no le había parecido que el hombre fuera a darme problemas.

—Y, si te da problemas —añadió—, siempre puedes salir corriendo. Ese hombre debe de tener unos noventa y cinco años. Y no exagero.

Agradecí mucho que hubiera ido a comprobar que el piso y el propietario estaban bien. De ese modo, no me sentí tan sola al llamar al timbre de la casa situada en la calle Hufelandstrasse, en el distrito de Prenzlauer Berg. La primera impresión fue muy buena. Por fuera, el alto edificio blanco se veía limpio y bien cuidado. El barrio parecía tranquilo y seguro. Clare me había contado que la zona equivalía al barrio londinense de Nappy Valley, entre Clapham y Wandsworth Commons, un lugar muy apreciado por las familias jóvenes. No era la zona más de moda de la ciudad, pero era cómoda y se estaba a gusto allí.

Herr Schmidt tardó un poco en abrir la puerta. Era exactamente como Clare lo había descrito. Los noventa años los tenía seguro. Caminaba con la ayuda de un bastón, pero no era un viejecito indefenso. Iba vestido con ropa de calidad y bien planchada. Aún era alto; la edad lo había encorvado muy poco. Se lo veía bien alimentado, y no era de extrañar. Desde la cocina llegaba el olor de algo delicioso que se estaba cocinando.

—Fräulein Thomson —me saludó—. Me alegro mucho de conocerla. Bienvenida a Berlín.

Hizo una inclinación de cabeza. Tenía un porte tan impresionante que estuve tentada de hacerle una reverencia, pero me contuve a tiempo e incliné la cabeza a mi vez. Curiosamente, me quedé sin palabras. Herr Schmidt tenía unos deslumbrantes ojos azules, tan claros que parecían casi de color verde agua.

—¿Ha traído mucho equipaje? —preguntó rompiendo el hechizo.

—Oh, no —respondí—. Eso es todo.

—Yo se lo subo.

No tenía ninguna intención de permitir que aquel anciano arrastrara mi pesada maleta escaleras arriba.

—Puedo hacerlo sola —le aseguré.

Hicimos una especie de danza incómoda en el recibidor mientras él trataba de arrebatarme la maleta. Al final dejé que la llevara por el pasillo. Al fin y al cabo, tenía ruedas, y me pareció que era importante para él tratarme como a una huésped apreciada y no como a una arrendataria.

—Sus habitaciones están en el piso de arriba —me aclaró—. Pero antes de subir, tal vez le apetezca tomar un café y un trozo de pastel.

Desde luego, no iba a negarme. Tenía hambre. No me había comido el panecillo envuelto en film transparente que daban como desayuno en el avión que me había traído desde Heathrow. Además, sería una buena oportunidad para conocer mejor a mi nuevo casero. Me sentía cómoda en su presencia, lo que era un alivio. Es curioso cómo juzgamos a las personas de manera automática. Miramos a alguien a los ojos durante un segundo y ya sabemos si vamos a llevarnos bien o no. Y eso fue lo que pasó con Herr Schmidt. Sus increíbles ojos azules me miraban con amabilidad. Además, me intrigaba que hablara tan bien inglés. Debía de haber una historia que lo justificara. Para mí fue una suerte, porque mi alemán aún dejaba bastan-

te que desear. Tenía previsto dar un montón de clases particulares durante el primer mes de estancia en Berlín para ponerme al día antes de que comenzara el curso. Y cuando empezara a dar clases de inglés en la universidad, estaba segura de que aprendería tanto de mis alumnos como ellos de mí.

—Tengo entendido que dará clases en la universidad... —comentó.

—Así es. —Le conté la naturaleza de mi proyecto.

Herr Schmidt asintió.

—Bueno, no le va a faltar material para su estudio. La década de 1930 fue una etapa fascinante en esta ciudad.

—Eso me han dicho. Me apetece mucho estudiar la yuxtaposición de la decadente y legendaria vida nocturna con los cambios políticos de la época —dije, esperando no sonar demasiado pomposa.

Herr Schmidt sonrió con expresión ausente.

—Desde luego, hubo un montón de cambios —convino antes de cambiar de tema y ofrecerme otro trozo de pastel.

El pastel estaba delicioso. No necesité que insistiera para comerme otro trozo. Cuando acabé, Herr Schmidt se ofreció a mostrarme mi nuevo apartamento. Acabamos subiendo la maleta entre los dos, aunque la escalera era demasiado estrecha para hacerlo cómodamente. El anciano abrió la puerta y me invitó a entrar con un gesto de la mano. Tal como Clare me había prometido, dentro encontré todo lo que una chica puede necesitar (incluso Nutella en uno de los armarios de la cocina, como descubriría más tarde). El apartamento tenía cuatro estancias pequeñas: dormitorio, baño, cocina y estudio. Las cuatro eran luminosas y tenían un aspecto inmaculado. Aunque los muebles estaban algo pasados de moda, eran deliciosamente sólidos. Me gustaba pensar que podrían haber estado en la casa en el período que pretendía estudiar.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, Herr Schmidt? —le pregunté cuando hubo acabado de explicarme cómo funcionaba todo.

—Toda la vida —respondió—. Nací aquí.

Me pareció que no era demasiado educado preguntarle cuándo había sido eso exactamente.

—Ya no es fácil encontrar a alguien que viva en la misma casa en la que nació. Ya casi nadie vive toda la vida en el mismo sitio —dije.

—Sí, supongo que tiene usted razón.

Me pareció que la idea lo entristecía. Tal vez se estaba acordando de las personas que habían vivido allí con él. Por lo que sabía, yo era la única arrendataria. Vamos, la única otra persona en todo el edificio aparte de él. El resto de la finca estaba vacía. Pero seguro que en otra época había bullido de actividad. Probablemente Herr Schmidt había vivido allí con sus padres, sus hermanos, tal vez su propia esposa y sus hijos, aunque no los hubiera mencionado.

—Espero que su estancia sea muy feliz —me deseó.

Le aseguré que lo sería.

Y lo cierto era que tenía la sensación de que podría ser feliz en Berlín. Desde que me había marchado de París —disgustada por mi última reunión con Marco Donato y enfadada al enterarme de que había conseguido el trabajo con la productora de cine gracias a él—, había estado matando el tiempo en Inglaterra. Estaba ansiosa por empezar esa nueva etapa de mi vida.

Tras pasarme un día entero viajando estaba cansada, pero cuando Herr Schmidt se marchó al piso de abajo, deshice la maleta porque sabía que al día siguiente no iba a tener más energía. Colgué la ropa en el estrecho armario ropero que parecía haber sido diseñado teniendo en mente a alguien con los hombros mucho más estrechos que los míos. Me imaginé a la primera propietaria del armario como una mujer de constitución menuda y delicados vestidos de gasa cor-

tada al bies. Vestidos que había colgado en el mismo sitio donde yo ahora guardaba mis vaqueros y un par de vestidos negros. Coloqué la ropa interior en un cajón forrado con papel floreado que estaba gastado y descolorido por el paso del tiempo. Tal vez lo había puesto allí la madre de Herr Schmidt. No sé por qué me había hecho a la idea de que la primera ocupante de la habitación había sido una mujer, pero lo cierto era que la estancia tenía un aire femenino.

Había llevado conmigo unos marcos con fotos de mis padres y mi hermana. Los coloqué sobre el viejo tocador, que tenía el espejo algo manchado. Herr Schmidt había dejado un jarrón con flores frescas sobre la impecable superficie. Era un toque de amabilidad que me hizo sentir aún más simpatía hacia él. Aunque, al mismo tiempo, el gesto hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas, ya que me hizo pensar en la tumba de Augustine du Vert en el cementerio del Père-Lachaise. Achaqué mi reacción exageradamente emocional al cansancio.

Luego dejé el portátil sobre la mesa del pequeño estudio que sin duda llegaría a conocer muy bien. Había conexión wifi, gracias a Dios. Temía que alguien de la edad de Herr Schmidt no tuviera conexión a internet, pero el hombre me había contado que lo había instalado porque su sobrino nieto le había dicho que era un requisito indispensable si quería alquilar el apartamento. Me había aliviado enterarme de que Herr Schmidt tenía parientes en alguna parte. Hasta que hizo mención a su sobrino, me había parecido ser preocupantemente autosuficiente.

Me conecté y revisé el correo electrónico. Le envié un mensaje a mi madre para que supiera que había llegado bien y que ya estaba instalada. Luego le escribí a mi hermana y le dije más o menos lo mismo. Le adjunté una foto del despacho, tomada con el móvil, y otra de la cocina, pequeña y —de momento— limpia y ordenada. Le envié un SMS a Clare dándole las gracias por llenarme la nevera y la despensa. Había sido un gesto muy amable. Qué suerte tener tan buenas amigas.

Después, con una taza de té en la mano, miré por la ventana de mi nuevo dormitorio. Tenía un ancho alféizar, que formaba un asiento perfecto, y las cortinas de terciopelo hacían que fuera aún más confortable.

La casa estaba en la zona que había quedado dentro del Berlín oriental, y algunos de los edificios que había visto mientras me dirigía a la Hufelandstrasse tenían un toque definitivamente soviético. Había un gran parque enfrente de la casa, el Volkspark Friedrichshain, y árboles muy altos a ambos lados de la calle. El sol de septiembre era cálido y agradable, y las aceras estaban llenas de gente. Una pareja paseaba con sus tres hijos. Llevaban dos en un cochecito y otro, más mayor, los entretenía cantando una canción. Los padres caminaban abrazados. ¡Qué felices parecían! Personas normales llevando vidas normales, apoyándose en el amor mutuo. Un amor extraordinariamente ordinario. ¿No era eso lo que Marco deseaba que yo tuviera?

«Oh, Marco...» Ni siquiera podía pensar en él sin suspirar. ¿Qué estaría haciendo ahora? Cerré los ojos durante unos instantes y lo vi claramente, tal como estaba durante nuestro último encuentro —nuestro único encuentro— cara a cara en su despacho. Marco me había tomado de las manos y me había mirado a los ojos. Ése debería haber sido el momento en el que selláramos nuestro amor. Pero, en vez de eso, él había anunciado que se retiraba de la partida.

¿Encontraría en Berlín el amor que Marco pensaba que yo quería? Desde que había roto la relación con Steven en Londres casi un año antes, tenía la sensación de estar constantemente huyendo, de un modo o de otro. A veces literalmente, ya que no paraba de saltar de país en país. Y otras psicológicamente, ya que había invertido mucho capital emocional en el sueño imposible que era Marco Donato. El amor que anhelaba parecía estar al alcance de mi mano,

como una zanahoria colgada de un palo que siempre está fuera del alcance del burro, por mucho que éste corra.

Seguía pensando en Marco todos los días. Ahora ya sabía qué aspecto tenía. Había irrumpido en su guarida secreta y le había visto la cara, parcialmente quemada, y las manos resecas. Tras ese encuentro, mis sentimientos se habían complicado todavía más. Yo me había enamorado de su mente y me repetía una y otra vez que el exterior no importaba. Yo no era de ésas. Nosotros no éramos de ésos. Además, cuando conoces bien a alguien, no te quedas sólo en la cara, ¿no? Miras a esa persona directamente a los ojos. Los ojos no cambian. Es por eso por lo que uno no nota que sus amigos envejecen por muchos años que pasen. Sin embargo, durante nuestro encuentro, Marco no había compartido mi optimismo. Algunas de las cosas que había dicho me habían sorprendido y afectado mucho. Me había acusado de querer *rescatarlo* por razones egoístas. Y de querer ser el centro de atención pública. Al fin y al cabo, ¿qué mejor manera de sentirse guapa que estando al lado de alguien como él? En aquel momento, las palabras de Marco me habían parecido muy crueles, pero con la perspectiva del tiempo y la distancia, empezaba a creer que no le faltaba razón. Había revisado la conversación en mi cabeza muchas veces, y tenía que admitir que algunas de sus acusaciones sonaban razonables. ¿Sería posible que me hubiera aferrado a él para aumentar mi autoestima?

Sinceramente, esperaba que no fuera así. Aunque debía reconocer que, cuando Marco estuvo en el hospital de Inglaterra —muchos años atrás, mucho antes de conocerlo y de saber que iba a desempeñar un papel tan importante en mi vida—, me había sentido muy orgullosa pensando que había ayudado a que saliera adelante. Me hacía sentir bien conmigo misma cuidar de otra persona. Y, cuando llegué a Venecia después de haber roto con Steven, está claro que necesitaba algo que me hiciera sentirme bien conmigo misma. Aun así, no había sido eso lo que me había atraído de él. Era imposible. Cuando Marco y yo empezamos a escribirnos, no

tenía ni idea de que él era el mismo italiano que había ido a parar al hospital donde había trabajado durante unas vacaciones escolares. Ni la menor idea. ¿Cómo iba a saberlo?

«No», me dije por enésima vez. No me había sentido atraída por Marco Donato porque me pareciera alguien que necesitara que lo rescataran, ni porque necesitara sentirme una heroína defensora de los desvalidos. Me había enamorado de su ingenio y de su encanto.

«Y de las fotografías antiguas que encontraste en internet», me recordó una vocecita. Del rostro del hombre guapo como un modelo que ya no existía. Incluso ahora, a solas en mi habitación de Berlín, me ruborizaba de vergüenza al recordar lo emocionada que había estado pensando que alguien tan atractivo y glamuroso como el hombre de esas fotografías se había interesado por alguien como yo.

Pero todo eso ya no importaba. Después de mi insistencia para que nos viéramos cara a cara, Marco me había echado de su lado con tanta determinación que tenía que creer que no quería volver a verme nunca más. Y no había vuelto a ponerse en contacto conmigo desde entonces. Las locas fantasías que habíamos compartido se iban desdibujando rápidamente incluso en mi imaginación hiperactiva. Había llegado el momento de seguir adelante con mi vida.